

El amo de los valles

Adolfo Castañón

As for the rest, many might have been called cranks,
but almost none of them fakes.

Christopher Isherwood
My guru and his disciple

De unos cincuenta o sesenta. En realidad, vaya ud. a saber qué edad tenía. Igual podía ser un patriarca de la Atlántida con su barba blanca y sus cabellos largos tan blancos como los de un pope o un archimandrita de la Iglesia ortodoxa o el accionista principal de una sociedad protectora de aves tropicales. De tanto chupar pipa ya le amarilleaba el bigote. Un viejo druida. Me dijo que había bajado de sus montañas a conocerme. ¡Vaya con la humildad: como si no supiera que sus palabras se me subirían a la cabeza! Todo un arconte, un pozo de sabiduría, el abuelo. ¿Lenguas? Las que quisieras, vivas o muertas. Por supuesto, griego, latín, y toda la babel moderna con alguna preferencia por el alemán pero sin descuidar el ruso ni el portugués que parecía gustarle por blando y lechoso. Ya no le pregunté si sabía arameo, no me quise asustar. Pero hebreo, seguro. Hasta me recomendó algunas librerías esotéricas. Sí, ahí estaban, en medio del invisible ghetto, entre hamburgueserías y tiendas de *souvenirs*, en una de esas calles que todavía tienen árboles y donde sobreviven algunas casonas amarillentas, descascaradas, con su jardincito mustio en medio de las telarañas de asfalto. Boina de paja y liqui-liqui, el viejo no hablaba pero parecía saber de todo. De literatura china: "...se parece mucho a aquella escena donde el Hermano Jade tiene una polución mientras duerme la siesta y llega la prima con la que estaba soñando"; de filosofía griega: "¿y si los perros dejaran de seguir a su amo?" Hasta se susurraba a sí mismo versitos en medio de las conversaciones o cuando algo le llamaba la atención, por ejemplo la risueña zancudita que nos miró un día al salir del hotel, y él exhaló, abrumado por el resplandor: "no más que me matarás".

Pero iba sacando sus cartas tímidamente. No tanto con vergüenza de tanto saber sino porque sólo soltaba prenda cuando estaba seguro de que lo iban a oír y entender. El muy zorro apenas dejaba asomar su opinión después de oír las de los demás y la decía con el aire del que sale a caminar cuando la lluvia ya escampó y los mira a todos compasivamente hechos una sopa. Pero por poco que hablara, la plática terminaba volviéndose trascendente, psicoprofunda. Prendías el cigarrillo de la conversación y en dos palabras ya todo era miércoles de ceniza, el *tutti frutti* de la filosofía perenne, satori y amén. No, yo no le echo la culpa al viejo porque yo también tengo lo mío. Me dan cuerda, suelto la lengua y en dos minutos llego a la Cábala, el zen, los siete cuerpos, Adonai, el Monte Análogo y todo el bazaar, el supermercado del

espíritu. Así que *shalom*, hicimos buenas migas, y entre pasillos y desayunos, entre actos y elevadores nos dedicamos a la falluca, al contrabando de trascendencias. Yo supongo que al viejo le agradaba verme chorreando esoteria, a pesar de que me las daba de escéptico. Pero resultó que hasta eso teníamos en común, además de quién sabe cuántas cosas. Para empezar la mujer. La misma no, por favor. Nuestros suegros eran de la misma nacionalidad. "En realidad el que se casa con una francesa, se casa con Francia", me confió un día bajando la voz y dándome a entender que no era escéptico por casualidad, que le gustaban los quesos, que si lo apuraban hasta era cristiano —"pero católico no, eso está bien para criollos y españoles, vale"— y que estaba dispuesto a dar varios meses de vida por una buena conversación. Claro, lo de los quesos traía cola. Recordó a su suegro, un rancio profesor de aldea que los dejaba pudrirse hasta que se derretían y entonces hundía su pan en aquella pasta grasosa diciendo "*c'est bon quand ça s'abandonne*". Machacó la anécdota hasta el cansancio. Cada que la repetía le brillaban los ojitos redondos como cuentas de rosario detrás de sus espesas cejas de Papá-Noël. Ya me habían dicho que le encantaban las mujeres de edad "para reverdecer plantas secas". Decía que le gustaba agarrar las manos que ya tenían "flores de sepulcro", "templarse la energía solar con huesos fríos". "¿Qué me importa que me llamen gerontófago?", y se untaba melindrosamente queso flojo en el pan. "*C'est bon quand ça s'abandonne*". Seguro le gustaba ayuntarse con mujeres desmayadas, dormidas, anestesiadas o borrachas, daba igual con tal de que no se movieran demasiado —"nada de lujurias epilépticas"—, que lo dejaran trabajar con el Tao sus respiraciones, transmutar, zai, retener la energía, el jade de la eterna juventud, el secreto de la Flor de Oro, la serpiente, la piedra filosofal.

Pero sí que me llevaba ventaja. El amo de los valles, el capataz de los obreros del evangelio, el sumo sacerdote de Babel contra un mechudo bilingüe. Veintiséis contra seis años de matrimonio imperfecto. Mínimo, pues, él tendría unos sesenta. Me tomaba por el hombro y me daba palmaditas pedagógicas: "Una buena mujer, la francesa". Lo decía con empaque y aires de entendido, como quien sabe apreciar la madera de una casa. Con ese mismo aire de catador, daba a entender que él no se había equivocado, sabía lo que hacía desde siempre, ya desde joven. Pero si todo en él tenía muchísimo tiempo. Nunca decía "la primera vez"; daba la fecha como en un experimento: "En febrero de 1957, cuando Etienne Gilson decidió dejar la cátedra..." Haz de cuenta que te contase su vida como si estuviese leyendo un almanaque. Eso sí, con toda su pompa, no era mundano ni lo parecía. Ya la misma facha de santón le impedía andar en el bochinche. Aunque, sí, le gustaba el teatro y me han dicho que en sus montañas sale a pasear la tarde envuelto en capa, como abuelito de

los cuentos de Grimm, entre gnomo y hierofante. Se veía que le gustaba vivir bien, perdido en el bosque con su patóloga francesa que había salido huyendo de Europa buscando en América los vestigios de una enfermedad sagrada casi extinta, y dándose, ¡pobre! sus saltitos cada que era posible a París, Salzburgo, Heidelberg, Upsala, Toledo, o Nueva York, claro siempre vía Houston, cuestión de checar la salud con regularidad. De música, creo que nada más Wagner pero compensaba la biblioteca, ediciones rarísimas, quién sabe qué infolios empezando por la *Guía de descarriados* y luego, claro, el arcón hermético, la cripta, las biblias gnósticas, los textos de magia griega en papiros egipcios, *Arcana mundi* y *Arcana coeli*, la *Antología Palatina* para cuando se ponía nostálgico, los diccionarios, las obras completas de Gurdjieff que le regaló "quién sabe por qué" una discípula armenia que fue a dar con sus huesos a aquellas montañas después de ser perseguida por los nazis desde un Hotel de Baden - Baden y luego por los ingleses hasta salvar el pellejo gracias a una sobrina brasileña de Rudolf Steiner que pasó por Trieste y la ayudó. Y la biblioteca seguiría con montañas de periódicos en ruso, de la época en que cayó Gorbachov, libros en griego y en latín, crónicas de viaje, ediciones príncipe del Inca y del Lunarejo, mucho Hegel, quién sabe qué montones de ensayistas hispanoamericanos.

La caja de Pandora, la biblioteca de un enciclopedista lunático o de un mercachifle, el otro Ahasverus, el otro judío errante. Ya mejor no le pregunté más por sus estudios. Al parecer se había metido a unas clases de Motnigliano en Londres y a otras de Martínez Estrada en Buenos Aires. Eso le bastaba para presentarse como su discípulo. Fue a despedirse de Beckett al asilo de ancianos adonde el irlandés se fue a vivir en cuanto envió. No en balde, a pesar de su elegancia, de sus camisitas limpias y sus manos impecables, parecía un personaje de su amigo luchando por meterse en otra novela. ¡Bellacqua! ¡Tantos idiomas para no saber en qué mundo vivía! ¡Tantos libros para tener miedo de atravesar la calle! Y que no me digan que tenía ganas de pasar inadvertido con esa facha de gurú, pipa de profeta marino y paso pausado. Más que un mosiú y nada que ver con los bolivianos, con los mulatitos de blusa floreada o los mestizos típicos de ninguna parte, uniforme corbata y traje. No, él no. Bastaba sentirle la sombra para saber que era de otros pagos. No sé por qué, por re o por fa, el viejo me cayó bien. Tampoco era el único. Algo había en el aire de aquel país joven infestado de viejos políticos llorones que empujaba al talmudismo. Abundaban los milagros del camino, los más pobres se tumbaban en el suelo y se ponían veladoras alrededor, otros le pedían milagros a los próceres de la independencia; la vecina "nada más los martes o los jueves" consultaba los oráculos, el ingeniero que se la pasaba de viaje sólo volvía a su casa para leer a Krishnamurti. Hasta el gallego del pan tenía lo suyo y se iba todas las pascuas a flagelarse en unos ejercicios espirituales de los que volvía demacrado pero feliz. Ni siquiera se salvaba el tío dandy; con su sweater de *cashmere* y su ambiguo recato consular se encerraba horas a echarse en secreto el Tarot; la viuda del ministro aceptaba pensionistas vegetarianos en la casona y dirigía prácticas de "concentración" —no aceptaba otra palabra— todas las mañanas mientras su criada, trinitaria santera, llevaba granitos de pimienta en los bolsillos y se la pasaba trapeando el piso "para espantar los

malos espíritus". Como digo, el viejo me cayó bien. Hasta me dio un abrazo emocionado de despedida. Me tocó con sus barbas, quién sabe si no me dio la iniciación. Ah, ya ni me acordaba de lo de la secta satánica. Cuando me lo contaron, no le di importancia. Sigo sin dársela ¡A este país que no se metan los brujos que saben latín! □

Patria y muerte

"Patria o muerte", dice Fidel, y ha becho que muchos cubanos lo repitan. La frase aparece en los muros, en los coros de las manifestaciones, en los discursos, como otro muro, como un estribillo, como consigna. El carácter imperativo de las consignas pertenece al terrorismo intelectual y adopta con frecuencia la forma de la amenaza. En 1961, nuestro principal novelista nos amonestaba: "¡Cuba o el fascismo!"; diez años después, un periodista connotado nos aseguró que estábamos en peligro: "¡Echeverría o el fascismo!". Más tímidos, en 1982 algunos intelectuales se limitaron a aplaudir: "¡La nacionalización o el imperialismo!". Es difícil, es por lo menos asombroso suponer que esas fórmulas retóricas hayan seducido a tantos. En México, hoy muchos de quienes las adoptaron afirman con la misma convicción lo contrario. En Cuba, las consignas no cambian ni pierden su fuerza: desde hace años, muchos cubanos viven con la certeza de estar amenazados y en peligro de muerte. Pero ese terrorismo verbal, que en Cuba es parte de un terrorismo de Estado, no se expresa sólo con palabras. Las intimidaciones de los discursos de Raúl Castro no son sólo fórmulas retóricas: se cumplen en las detenciones de quienes defienden los derechos humanos, en la expulsión de periodistas que se entrevistan con ellos, en la pena de muerte con que se castiga a un opositor del régimen. No es creíble que el desembarco improvisado de tres bombas mal armadas, que fracasaron desde el primer momento y no pudieron cometer ningún acto de violencia, le parezca al régimen cubano una amenaza, y es natural que la sentencia de muerte dictada contra Eduardo Díaz Betancourt haya sido vista como desmesurada en todas partes. Varios jefes de Estado de América Latina y de Europa apelaron sin fortuna al humanitarismo de Castro. Debieron apelar más bien al respeto a la diferencia y a los valores democráticos. Un régimen que ve como contrarrevolucionarios a los defensores de los derechos humanos y en el que no existe más opinión pública que las consignas es un régimen que no concibe más oposición que la de las armas. Pero la pena de muerte es más que un castigo: es una demostración de fuerza, un acto de intimidación. Alimentar el miedo, implantar el terror, en una nación que no se encuentra en guerra, para unirlos contra el enemigo, es empujarlos al abismo. En Cuba, Fidel sentencia: "Patria y muerte", y todos lo repiten. Aquí, más tímidos, la mayor parte de nuestros intelectuales guardan un prudente silencio.